

WILLIAM MORRIS: CARTAS DE JUVENTUD (1849-1856)

Por Miren Lourdes Villa Canibe

RESUMEN

Este trabajo consiste en la traducción del primer capítulo del libro «las cartas de William Morris a su familia y amigos» (**The Letters of William Morris to his Family and Friends**) editado con introducción y notas de Philip Henderson. La traducción va precedida de una introducción que proporciona, en líneas generales, el contexto biográfico de las cartas correspondientes al período de tiempo comprendido entre 1849 y 1856 (primer capítulo) y referencias concretas a ciertos aspectos de la vida de Morris que se traslucen en dichas cartas.

SUMMARY

This work consists in the translation of the first chapter of the book **The Letters of William Morris to his Family and Friends**, edited with introduction and notes by Philip Henderson. The translation is preceded by an introduction that provides with a biographical background for the letters written between 1849 and 1856 (first chapter) and with concrete references to some aspects of Morris's life, which can be seen in those letters.

LABURPENA

Lan hau, «William Morrisen gutunak bere sendi eta adiskideei» (**The Letters of William Morris to his Family and Friends**) delako liburuaren lehen kapituluaren itzulpenean datza, Philip Hendersonen oharekin eta sarrerarekin argitaratua. Itzulpena, 1849. eta 1856. (lehen kapitulua) urteen arteko gutunei dagozkien, kontextu biografiko bat orokorrean ematen duen sarrera bategaitik eta gutun horietan azaltzen diren Morrisen bizitzaren zenbait aspektuen aipamen konkretuekaitik, aurretik doa.

William Morris (1834-96) fue una de las figuras más sobresalientes de la Inglaterra victoriana y un hombre muy polifacético. A su muerte, un discípulo suyo, Walter Crane, pronunció un discurso en el que mencionaba que el mismo Morris se había preguntado «cuál, de seis personalidades distintas, era realmente la suya», el escritor, el artista, artesano y diseñador, el hombre de negocios, el impresor, el ardiente socialista o el hombre de genio reservado, animoso y sensible. Por supuesto, Morris fue todos ellos.

Durante el período de tiempo que abarcan estas cartas (1849-1856) los Morris vivían en Water House, una gran mansión georgiana rodeada por un extenso parque. La casa estaba situada en un entorno relativamente rural (Walthamstow) y Morris, de niño, había vivido también en una casa de campo. Este contacto con la naturaleza y sus extensas lecturas (las novelas *Waverley* y la obra de Walter Scott entre otras cosas) fueron probablemente más enriquecedores para él que su instrucción formal en el Malborough College. La deficiente organización del colegio, que estaba atestado, fue una bendición para el joven William, pues le permitía hacer escapadas por la campiña de Wiltshire y explorar los bosques, los famosos cromlechs de Avebury o las villas romanas de Kennet. Todo esto contribuyó a alimentar en él un intenso romanticismo.

En esta época Morris pensaba dedicarse al sacerdocio; este sentido de vocación religiosa estuvo algo relacionado sin duda con su propósito de reformar el mundo, propósito que comenzó como compromiso político, pero que acabó siendo seglar.

En 1851 se trasladó con su familia a Londres a visitar «La Gran Exposición», y desde aquel mismo momento empezó Morris su guerra contra la época victoriana por lo que tenía de civilización mecánica. Ya antes, escritores como Dickens o Carlyle habían tratado de mitigar, por medio de la descripción y el uso de la ironía, la complacencia y el fariseísmo de la sociedad victoriana, y rehusaron unirse sin reservas a la celebración de la época tal y como era.

Sólo un siglo antes la palabra «industria» significaba una cualidad humana deseable pero ahora era simplemente una marca visible en la economía y el paisaje. A esto hay que añadir los problemas sociales y laborales que la Revolución Industrial y el progreso traían consigo; precisamente, la infancia de Morris coincidió con un período de lucha que iba en aumento: huelgas y diversas protestas contra las espantosas condiciones de trabajo en minas y fábricas.

La crítica al nuevo entorno industrial no perdió fuerza a lo largo del siglo: D.H. Lawrence, nacido en un pueblo minero de Nottinghamshire en 1885, amplió el dicho de William Cowper: «Dios hizo el campo, el hombre hizo la ciudad», para decir: «El campo es tan maravilloso: La Inglaterra hecha por el hombre tan vil». Al igual que para Morris, para Lawrence la tragedia de Inglaterra era «la tragedia de la fealdad» y la tragedia de un entorno que venía a sus habitantes.

Cuando Morris fue a Oxford (1853) la expansión y la agresividad del siglo XIX dejaban sentir su influencia sobre la arquitectura de la ciudad, para gran disgusto de Morris, quien prefería lo que quedaba del Oxford medieval. Morris detestaba la restauración arquitectónica del siglo XIX y la pasión victoriana por la «mejora». Ajeno al mundo moderno, prefería salir a caballo a visitar iglesias con su amigo Burne—Jones. Fue éste precisamente quien le presentó a

un grupo de estudiantes de Birmingham, que se convertirían en amigos suyos de por vida. Al grupo le gustaba leer poesía, especialmente a Tennyson, y en 1856 algunos de ellos pusieron en marcha la «Oxford and Cambridge Magazine», que funcionó durante 12 años y en la que se publicaron los primeros trabajos de Morris: poemas, cuentos (ya en sus tiempos de colegial era aficionado a contar cuentos) y ensayos.

Muy decisiva fue para Morris la lectura de los trabajos de John Ruskin, especialmente, el segundo volumen de **Stones of Venice**, publicado en 1853, y que Morris leyó en el mismo año de su publicación. En el capítulo «La naturaleza del Gótico» aparecen dos ideas cruciales que Morris suscribió: Primeramente, el valor de la «imperfección» del trabajo del artesano o el escultor gótico, que de algún modo reflejaba la humanidad del arte y, por otra parte, la concepción del trabajador, del artesano gótico como alguien que participaba de principio a fin en la creación de su obra que, de ese modo, constituía su propia y libre expresión.

En 1855 Morris alcanzó la mayoría de edad, lo que le dio acceso a una renta de 900 libras anuales. Ese mismo año decidió abandonar el sacerdocio y entrar como discípulo en la oficina de G.E. Street, arquitecto del revival gótico. Muy importante fue para Morris la concepción de su maestro, del arquitecto como alguien que no sólo diseña el edificio sino que además tiene un conocimiento práctico de todo lo que irá dentro de él: herrajes, pinturas, vidrieras... Esta creencia iba a ser fundamental para Morris en el futuro.

En 1856 Morris conoció a Dante Gabriel Rossetti y al círculo prerrafaelista. Bajo la influencia de Rossetti decide renunciar a la arquitectura y comenzar a pintar. Este detalle puede apreciarse en la última de las cartas que Morris escribió a Cornel Price. De hecho, todas las cartas nos permiten seguir su trayectoria vital. Morris parecía escribir las apresuradamente (en los originales aparecen párrafos enteros sin puntuar y que yo me he tomado la libertad de dividir para una mejor comprensión del texto); la mayoría hablan de lo que hacía en el momento de escribirlas y, de algún modo, son como su autobiografía, su diario.

Recapitulando: las primeras cartas corresponden a la época en que Morris se preparaba para el sacerdocio que, sin embargo, abandonará en 1855 por la arquitectura. De esta decisión hace partícipes en sendas cartas a su amigo Cornel Price y a su madre. Se dice que, cuando tenía 8 años, Morris visitó el interior de la catedral de Canterbury y dijo más tarde que fue como si se le hubieran abierto las puertas del cielo. Así se incubaba en él una pasión por la arquitectura, que continúa a lo largo de su vida, y que podía habernos hecho esperar su continuidad como arquitecto. Sin embargo, pronto abandonó.

El joven Morris es sensible y observador: le conmueve la música, las formas, las figuras, los colores, las iglesias, las ruinas, los cuadros, la poesía. Todo lo describe con detalle. El arte parece penetrar en él, todo lo asimila, todo lo asocia, sobre todo opina. Además, su modo de expresarse es, a menudo, artístico: Algunos de sus pasajes descriptivos son realmente hermosos, y su percepción del entorno, poética, especialmente cuando habla de la naturaleza o de un edificio:

«...los campos más bellos que jamás haya visto, que parecían no pertenecer a nadie, como si hubieran sido plantados para no segarse al final... como si todos ellos

fuera a crecer allí para siempre, como si hubieran estado creciendo desde siempre, sin cambio de estación, como si no conocieran otra época que el temprano agosto».

«Salimos de Chartres... con una llovizna que casi escondía las agujas de la catedral, ¡qué aspecto tan espléndido tenía entre la lluvia! Pero tuvimos que dejarla atrás, con las hermosas estatuas y las vidrieras, y los grandes contrafuertes como acantilados...»

El poema que aparecen en una de las cartas a Cormel Price es expresión aún más palpable del poeta que Morris llevaba dentro. Se caracteriza por su simplicidad y su dulzura, aunque hay palabras innecesarias sin otro objeto que mantener la rima (en el original riman todos los versos en cada terceto).

El mismo le comenta a Cormel Price en la carta siguiente que prefiere salvar la rima y la musicalidad aunque sea a costa del contenido. En este poema la inspiración parece surgir del terreno religioso, aunque cabe preguntarse hasta qué punto es justo hablar de inspiración pues años más tarde, tras la publicación de **The Earthly Paradise** (1866) Morris vendría a considerar la poesía como mera cuestión de artesanía: «Hablar de inspiración es puro sinsentido», dijo, «Puedo decirte decididamente que tal cosa no existe».

Morris parece exigente a la hora de juzgar lo que escribe, pero no pierde la esperanza de superarse. Por lo que al Morris-escritor concierne, es interesante también la mención en otra carta a un cuento destinado a la «Hermanidad» (el grupo de amigos con los que en 1856 pondría en marcha la revista literaria «Oxford and Cambridge Magazine»).

Algunas de estas cartas ofrecen testimonio de la guerra personal que Morris declarara a su época. Es una guerra contra la agresión de una civilización mecánica, y que podemos observar bajo dos aspectos: En primer lugar, la agresión al paisaje realizada, en concreto, por el ferrocarril: «...asqueroso, hediondo, ruidoso, chirriante, un tren que no se preocupa en absoluto por colinas, valles, álamos... los ferrocarriles son ABOMINACIONES...» y, en segundo lugar, la agresión contra los edificios, las «bienintencionadas restauraciones, como jocosamente las llaman». Esta idea, que tomó de Ruskin, se basa en la concepción del edificio como un organismo que nacía, vivía, pero también debía morir (de ahí que se muestre en contra de las restauraciones o las «mejoras») y en la identificación de la arquitectura medieval con la moral social (mitificada) de la época.

En la carta a su madre aparece una idea que Morris desarrollaría en el curso del tiempo y que se relaciona con su idealizada concepción del artesano gótico; el trabajador debe disfrutar con su trabajo: «...ya sabes que en cualquier trabajo en que te sientes a gusto, incluso la labor más penosa resulta amena...»

Para terminar, está la referencia que Morris hace en su última carta a Cormel Price respecto del tema socio-político: «No puedo meterme en temas socio-políticos de interés porque en conjunto veo que las cosas están muy enredadas, y yo no tengo poder ni vocación para ponerlas en orden...». Morris parece no estar interesado, y resulta irónico, pues sin embargo, en etapas posteriores de su

vida, se vería involucrado en temas políticos como teórico y activista de primera fila.

Estas nueve cartas, escritas cuando William Morris tenía entre quince y veintidós años, nos ofrecen unas pinceladas sobre su personalidad y, sin descubrirla por completo, son suficientes para vislumbrar su desarrollo posterior.

A continuación, la traducción del primer capítulo (años 1849 a 1856) del libro **The letters of WILLIAM MORRIS to his family and friends**, con introducción y notas de Philip Henderson, y editado por Longmans, Green and Co. en 1950 en Gran Bretaña.

A Enma Morris¹

Malboro College

19 de marzo de 1849

Querida Enma:

Recibí tu carta el viernes y pensé que había tardado mucho en llegar pero supongo que simplemente era demasiado tarde para el reparto del jueves y en el colegio sólo hay un reparto, que es a las 7 de la mañana; sin embargo, poco importa realmente, aunque espero una carta mañana. Supongo que quieres saber todo acerca de la Confirmación, así que te diré tanto como pueda acerca de ello: El obispo vino a la ciudad el viernes después del mediodía, se quedó en casa del señor Williamson toda la tarde y durmió allí. Nosotros fuimos a la capilla a las 8 de la mañana; todos los candidatos para la Confirmación nos sentamos cerca del altar y recibimos la orden del señor obispo, permaneciendo de pie unos 20 minutos. El obispo es muy alto y delgado y no parece muy mayor, aunque está un poco calvo, su nombre es Denninson y pertenece a una familia ilustre: la comunión se nos dio al día siguiente (domingo). Nos la administraron a todos por separado. Pienso que respetando cierta cosa bastaría con que consiguieras una simple copia de la bandeja de comunión (que no costará más que la mitad) para compensar luego la diferencia con bandejas más pequeñas, pero esta es sólo mi opinión ¿entiendes?

Creo que el nuevo cirujano ha caído bien en general, a mí personalmente me cae muy bien. Por lo que sé de él, acude regularmente a la capilla todas las mañanas y todas las tardes. He tratado mucho a Harley durante el último semestre, y el semestre anterior él fue monitor de mi dormitorio. Le pregunté por el señor Capel y le conoce, pero resulta que no es ni su padre ni su tío, sino su hermano, el que vive con el señor Capel. Espero recibir muy pronto una carta tuya tremendamente larga, mi querida Enma, pero mientras tanto he de decirte adiós por ahora. Mi cariño para todos.

Tu querido hermano
W. Morris

P.D.: 20 de marzo. Acabo de recibir tu carta con 10 chelines y quiero preguntarte algo: Antes de que me fuera, James me dio un consejo y le pedí que vendiera por mí los conejos pequeños, lo cual dijo que haría. ¿Crees que hay algo de malo en ello? Escríbeme y dime si así lo crees (no es necesario que se lo comentes a nadie); la razón por la que lo hice fue para conseguir una bonita caña de pescar. No me agradaba la idea de pedirle a mamá que me diera

(1) Biblioteca Pública de Walthamstow.

una y de otro modo, no hubiera tenido dinero suficiente para comprarme una. ¿Te importaría que esta parte de mi carta fuera privada y confidencial, querida Enma? De nuevo se despide tu querido hermano

W. Morris

A Enma Morris²

Malboro College

13 de abril de 1849

Querida Enma:

Recibí ayer tu preciada carta y me alegro de que te gustara el himno del Jueves Santo. Aquí tuvimos el mismo himno el lunes y el martes, y el domingo los tres primeros versos del Salmo 72: «Dios es conocido en Judea, su nombre es grande en Israel. En Sâlem está su tabernáculo y su morada en Sión. Allí paró El las flechas del arco, la espada, el escudo y la batalla». Ciertamente pensé que era muy bello, aunque nunca lo he oído en una catedral, y como tu no podías decirme cómo lo cantaban allí..., pero un señor (uno de los padres de los niños) dijo que en general, nuestro coro cantó mejor que en la catedral de Salisbury. De cualquier modo, me pareció precioso: el primer verso lo cantaron todos, el segundo lo empezó un tiple hasta que al final el bajo, gradualmente, lo tomó de nuevo, cada vez más grave; luego otra vez el tiple y luego otra vez el bajo. El tercer verso lo cantó entero el bajo, no muy fuerte, pero con esa clase de énfasis tan adecuado al tema. Casi creo que me gustó más que cualquiera de los otros dos. El único defecto del himno es que se me hizo demasiado corto. El lunes fui a Silbury Hill que, según creo haberte dicho antes, es una colina artificial hecha por los britanos, pero primero fui a un lugar llamado Abury, donde hay un círculo druídico y un atrincheramiento romano, ambos rodeando la ciudad. Se supone que originalmente las piedras hacían esta figura: primero de gran círculo, luego otro más pequeño dentro de éste y después uno en el medio a modo de altar, pero se han llevado muchas piedras, de hecho, casi todas, así que no puedo decir esto con seguridad. El martes por la mañana me hablaron sobre este lugar, de modo que pensé en volver otra vez allí, lo hice y entonces fui capaz de entender cómo habían sido dispuestas las piedras. Pienso que la más grande que pude ver sobresalía a una altura aproximada de 16 pies del suelo, tenía unos 10 pies de espesor y 12 pies de ancho; el círculo y el atrincheramiento juntos llevan más o menos media milla. En Abury vi también una iglesia muy antigua, la torre era de veras muy bonita, con cuatro pequeños capiteles decorados. Había un porchecito y, dentro de él, una hermosa entrada normanda cargada de molduras; el presbiterio era nuevo y estaba pavimentado con suelo teselado, esto lo vi a través de la ventana ya que no sabía dónde estaba la casa del sacristán, de modo que no pude conseguir la llave; había también una pequeña y bonita rectoría cerca de la iglesia. Después de que termináramos de contemplar los leones de Abury, lo que nos llevó media hora, bajamos a través de uno o dos campos por una senda embarrada y por último, aunque por ser lo último no

es lo menos importante, atravesamos con agua hasta las rodillas, lo que llaman un prado inundado. Ahora que quizá tu no sepas lo que es un prado inundado, ya que no hay ninguno en tu parte del mundo, así que para que te ilustres, te contaré cuán deleitosa aventura es el caminar a través de un prado inundado. En primer lugar tienes que imaginarte un campo dividido transversalmente por infinidad de arroyuelos de digamos unos 4 pies de ancho cada uno; las personas a las que pertenece el prado pueden abrir y cerrar las espitas de los arroyos cuando quieran y, en esta época del año suelen abrirse, justo antes de levantar los campos para la siega. Al estar tan alta la hierba, no puedes ver el agua hasta que estás en ella avanzando torpemente, a menos que estés sobre el campo; por suerte, el agua no llevaba mucho tiempo cuando nosotros pasamos, de otro modo, nos habríamos cubierto de barro hasta la cintura. De cualquier manera, quizá ahora puedas imaginarte un prado inundado: después de que nos hubimos arrastrado a través de este prado, subimos Silbury Hill. No es muy alta, aunque supongo que debe de haber tomado un tiempo inmensamente largo reunirlos; me llevé una concha blanca de caracol como recuerdo del lugar y la tengo en mi libreta de bolsillo. Volví a las 5 y media, la distancia recorrida fue en total de unas 14 millas y estuve 3 horas y media fuera. Por supuesto, el lunes y el martes me los tomé de vacación. Ya que me vas a mandar el queso, quizá consigas que Sarah me haga un sabroso y gran pastel; también querría algunos bizcochos y, me mandarías también papel y sellos, y de paso mis huevos de gusano de seda y, si puedes conseguirlo, un estuche de lápices italiano, ya que esta cacho caja es demasiado grande para la escuela. Siento mucho no haber estado contigo en casa en Pascua pero, por supuesto, eso no podía ser y no es bueno que ni tú ni yo sigamos con esas consabidas discusiones sobre el estar obligados a ir a la escuela ya que, desde luego, lo sabemos todo sobre ese tema. Querida Enma, da besos a todos de mi parte.

Tu querido hermano
William Morris

A Cornel Price³

Clay Street
Walthamstow, Essex

Martes de Semana Santa (1855)

Querido Crom:

Sí, es completamente cierto, tendría que estar avergonzado de mí mismo: no trataré de excusarme: por favor, perdóname. Mientras el tren se alejaba de la estación, te vi allí de pie, buscándome, con tu toga puesta. Si no fuera porque estaba en el otro lado, creo que me habría asomado por la ventana para decirte adiós de nuevo... Ted⁴ te enseñará algo para que lo critiques pero, un momento, también puedo escribirte a ti; creo que no es muy bueno. Aquí lo tienes.

«Fue en la iglesia en Domingo de Ramos,
Escuchando lo que decía el sacerdote
Sobre el beso del traidor,

Cuando vino a mí un pensamiento,
Cómo solían ser los olivos
Que crecían en Getsemaní

Cuando vinieron a mí los pensamientos
De la firme llamada de la linterna,
Del nombre suavemente susurrado.

(2) Biblioteca Pública de Walthamstow.
Impresa en Mackail i, 22-24.

(3) De Mackail, i, 53-6.

(4) Edward Burne-Jones. Se refiere a él como «Ned».

De cómo sonaron el beso y las palabras,
Descansando los olivos en el huerto,
Tendida la túnica sobre el suelo.

Después, las palabras que dijo el Señor,
Y ese beso de la Semana Santa
Me trajo visiones de otros muchos besos:

El beso de los amantes bajo la luna
Con el que pronto llega el dolor:
Julieta en la tumba:

El de Angélico bajo la luz tenue
En medio de brillantísimas aureolas
Dios observa desde las alturas.

El monje que se reúne con su amor:
Cuando se postró ante ella
En la apacible abadía

Mientras la música se elevaba
desde la iglesia, él a Dios rogó
Que tomara su vida.

Y entre las filas de ángeles
Con una suave llama sobre sus cejas,
El diácono va con su amiga:

Mano a mano van juntos,
Amantes corazones van juntos
Allí donde la Presencia resplandece siempre.

Beso dado sobre el lecho mortuorio,
Beso dado sobre la frente moribunda
Cuando el alma sube la cielo.

Muchos pensamientos bajo el sol
Pensados juntos; la vida se va
Pero el amor siempre permanece.

Un sauce se recorta en el cielo azul,
Donde las nubes leves van y vienen,
y me acuerdo del falso beso.

Cristo, tu terrible cruz pesa
Sobre todo el mundo, y tu sol
Aprecia los tristes besos.

Las sombras se inclinan ahora hacia el oeste,
El viento sopla muy suavemente,
Apenas si levanta los laureles;

No puedo decir las cosas que querría,
No puedo pensar las cosas que querría,
La cruz erguida al atardecer.

Arriba el cielo muy azul,
y las lánguidas nubes moviéndose dulcemente
Sin embargo, no puedo pensar en el amor.

Sí, quizá debiera estar avergonzado de él, pero no me juzgues muy duramente. He empezado un montón de cosas buenas, no se si alguna vez las acabaré, primero tendré que enseñáros las a Ted y a tí: vosotros ya conocéis mis fallós. Me siento fatal cuando pienso sobre lo que escribo porque parece que me vuelvo cada vez más estúpido a medida que avanzo. Sabes lo que me pasa, que no se acerca de qué escribirte; aquí no hay nada sobre lo que escribir, no tengo a nadie con quien hablar, excepto para pedir comida y bebida y vestirme. No he leído ningún

libro nuevo desde que te vi, de hecho, ningún libro en absoluto.

El otro día fui «a la caza de laudas» cerca del Támesis, en la orilla de Essex; conseguí dos laudas muy buenas y otras tres o cuatro peores. Una, que databa de 1370, era flamenca y perteneció a un caballero, es muy pequeña; otra (muy pequeña, con la leyenda borrada) representaba un cura en su mortaja, creo que sólo hay otras dos laudas de este tipo en Inglaterra. La iglesia en la que conseguí esta lauda me pareció una de las iglesias más bonitas (para ser una iglesia de pueblo) que he visto. Se podían ver las cruces de la consagración (al menos algunas) rojas, en un círculo rojo, y había un modillón con un colorido precioso en buen estado de conservación: El párroco del pueblo nos guió en la visita a esta iglesia: era muy educado, pero muy, muy sucio y desaliñado [literalmente, mocososo], imposible de describir, no puedo darte una idea de su suciedad y desaliño...

William Morris

A Cormell Price⁵
Walthamstow

Clay Street

Abril de 1855

No fue a la hora del sermón cuando pensé en los «besos», sino cuando estaban leyendo la segunda lectura. Ya sabes que en la segunda lectura del Domingo de Ramos está la historia de la traición. Y, entre paréntesis, me pregunto ¿no es «tomb» [tumba, se pronuncia «tum»] una rima muy propicia para «soon» [pronto, se pronuncia «sun»]? Me gustaría ser capaz de defender las rimas que tú calificas de dudosas: Creo que podría hacerlo viva voce, pero no por carta... Es estúpido, pero el poema me inspira ternura, fui tan feliz escribiéndolo, lo hice el Viernes Santo: fue un día precioso, con un viento suave, templado, en lugar del cruel noreste que hemos tenido durante tanto tiempo. En cuanto a esas malas rimas, no me gustan, aunque quizá a mí no me ofendan tanto como parecen ofenderte a tí; son provisionales, querido Crom: es simplemente falta de habilidad; mira, si tuviera que perder el pensamiento o sacrificar la rima a él, preferiría hacer lo último y aprovecharme de la musicalidad; puede que con el paso del tiempo sea capaz de mejorar mis rimas, y si mi acopio de pensamientos no se ha agotado —a veces temo que puedan esfumarse por algún tiempo—.

He leído algo de Shelley desde que te ví por última vez, y me gusta mucho lo que he leído, por ejemplo: «The Skylark» [«La alondra»], ¡qué cosa tan MAGNIFICA, totalmente distinta de cualquier otra cosa que yo haya leído, y te hace sentirte tan distinto de lo habitual: Espero ser capaz de hacerte entender lo que quiero decir porque soy un pobre estúpido: Quiero decir que la poesía más bella y, de hecho, casi todo escrito bello, te hace sentir triste, o indignado, o... ¿Me entiendes? es que no puedo explicarlo mejor, pero «The Skylark» sólo te hace sentirte feliz; supongo que porque es casi todo música y porque no presenta ningún pensamiento humano: pero tampoco lo sé seguro.

Pronto voy a ir a buscar laudas otra vez: a Rochester y sus alrededores, también a Stoke D'Aberton en Surrey...

(5) De Mackail, i. 56-7.

Viernes por la mañana

A Cornell Price⁶

Walthamstow

(1855)

Querido Crom:

¿Qué puedo decir de tu carta?, pues que me alegró mucho recibir una carta tuya aunque tuviera noticias tan malas; y no debieras haber dicho lo que dijiste sobre Fulford porque, aunque me cae muy bien y es, sin duda, un compañero de viaje muy agradable, sin embargo, él no es más que un pobre sustituto tuyo. Por favor, escribe tan a menudo como puedas. Me alegra tantísimo que estés escribiendo algo, déjame ver cualquier cosa que hagas, no me asustará en absoluto; supongo que el «Estudio de las palabras» de Trench sería suficiente, pero como es un poco viejo, quizá fuera mejor ponerlo no en primero, sino en segundo o tercer lugar, pero de todos modos escribe; yo he terminado el cuento que empecé el semestre pasado, pero he fallado visiblemente. Creo que no será suficiente para la «Hermandad» [que se convirtió en «Oxford and Cambridge Magazine»]; se lo voy a enviar a Dixon y a Ted para que le echen una ojeada y decidan si les parece enteramente irremediable, ¿querrás hacerlo tú también?... Si te acuerdas, ibas a revisar «Norte y Sur»⁷ ¿ya lo tienes presente?

En cuanto a Cambridge, es como un agujero y no puede compararse ni por un momento con Oxford; es un tipo de lugar tan poco corriente que uno se siente inclinado a reír, o al menos yo me siento así cuando pienso en él. Supongo que para estas fechas Ted ya te habrá contado todo, cómo fuimos a Ely que, de algún modo, me defraudó. La han dejado totalmente echada a perder con esas bienintencionadas restauraciones, como jocosamente las llaman; sin embargo, el trocito de colina sobre el que se alza la catedral es estupendo: campos verdes, jardines y muchos árboles esparcidos entre casas viejas un tanto curiosas y restos de antiguos conventos; también la iglesia tiene sus cosas bonitas; por la parte de afuera, afortunadamente, apenas si ha sido tocada, lo que hace del exterior algo mucho más bello e interesante que el interior.

El otro día vi la Exposición [en la Real Academia] y me gustó la Procesión de Cimabue [i.e. de Leighton] más de lo que pensé que me gustaría; como le dije a Ted, hubiera preferido no haber visto el panfleto de Ruskin antes de ver el cuadro porque ahora no se que efecto ha podido tener en mi la alabanza que de él hace. El cuadro de Millais [i.e. «Rescue»] es realmente espléndido, ¡qué magníficamente está pintado el amanecer! Me había quedado levantado hasta bien entrada la noche y vi amanecer a través de la ventana de nuestra habitación, igual que podría haber sido en el cuadro, excepto por el humo. En la habitación octogonal había una pinturita muy bonita de Collins llamada «The Good Harvest of 54» [La buena cosecha del 54], ¿te fijaste en ella? Pienso que el cuadro de Maclise (el de la escena de lucha tomada de «As you like it»⁸) es casi peor imposible, imagínate al bruto estropeando una de las mejores escenas de tu comedia favorita, ¿no le odias por

ello? Vi el «Christabel» de Dyce y la cara me pareció muy dulce, pero Ruskin dice que la cara es una copia; ciertamente, no me ayuda en nada para entender el poema de Coleridge.

Ese mismo día vi un grabado del «S. Hubert» de Alberto Durero y estuve a punto de comprarlo, pero no podía permitírmelo, pues costaba 6 guineas; lo hubiera comprado si no fuera porque tengo la esperanza de conseguir una fotografía del grabado; las fotografías representan los grabados mucho mejor de lo que yo pensé que lo hacían, muchas veces parecen como impresiones cuyo papel ha amarilleado por efecto del tiempo, sólo que un poco más oscuras. ¡Qué grabado tan espléndido es «S. Hubert»! ¡Dios mío! tan, tan magnífico.

Compré algunos grabados del cuadro de Fra Angelico que está en el Louvre, pero me temo que sólo son medianamente buenos, ¿querrás echarles un vistazo? Representan la pintura razonablemente bien, sólo la pérdida de color hace que los grabados en conjunto pierdan mucho, más aún teniendo en cuenta que en el original el color es absolutamente exquisito. Bueno, espero que te gusten. Ahora mismo he estado envolviéndolos en un paquete terriblemente pesado, más pesado. ¡Oh! ¡esta pluma! Dime si te han llegado sanos y salvos. Bueno, adiós. He olvidado qué más decirte, aunque sé que tengo un montón de cosas para contarte.

Tuyo, afectuoso
TopsyA Cornell Price⁹

Avranches, Normandía

10 de agosto de 1855

Querido Crom:

Aunque llevo un montón de tiempo escribiendo, aún no me he olvidado de tí, pero el hecho es que me siento muy incómodo escribiéndote una carta, incluso ahora, porque no sé qué decir: Supongo que no te conformarás sólo con los nombres de los sitios en los que hemos estado, y creo que apenas tengo otra cosa que ésa para contarte. ¿Por qué no pudiste venir, Crom? ¡Oh! ¡qué maravilla de iglesias hemos visto! pues hemos visto ya la última de ellas, acabamos ayer con Mont S. Michel y esperaremos aquí (éste es un lugar muy bonito, de todos modos) hasta el sábado por la tarde o el domingo por la mañana para volver a Granville y tomar el vapor a Jersey y Southampton. Crom, hemos visto nueve catedrales y déjame ver cuantas iglesias... tengo que contarlas con los dedos. Creo que puedo haberme comido alguna, pero me han salido 24 espléndidas iglesias, algunas de las cuales sobrepasan a las catedrales inglesas de primer orden.

Me alegro de que Fulford haya aligerado un poco mi carga contándote lo que hicimos hasta Chartres: Así que empezaré desde que dejamos ese lugar: Bueno Crom, ya sabes que pensábamos que nos veríamos obligados a ir a París para poder llegar a Rouen y que tendríamos que hacer todo el camino en tren, lo que, al de poco tiempo, se vuelve muy desagradable; pero descubrimos que podíamos atravesar el país, viajando poco en tren claro está, así que fuimos. Disfruté mucho del viaje y creo que los otros también, aunque a Ted se le pusieron malos los ojos, como siempre que sale el sol. Hicimos la mayor parte del camino

(6) De Mackail, i. 69-71.

(7) Por la Sra. Gaskell.

(8) N. de la T.: Comedia de William Shakespeare.

(9) De Mackail, i. 73-8.

en un curioso artefacto tirado por un caballo. Este fue nuestro itinerario: Salimos de Chartres bastante temprano (a las seis de la mañana) con una llovizna que casi escondía las aguas de la catedral, ¡qué aspecto tan espléndido tenía entre la lluvia! Pero tuvimos que dejarla atrás, y las hermosas estatuas y las vidrieras, y los grandes contrafuertes como acantilados, me temo que por mucho tiempo. Así que avanzamos unas 20 millas en tren hasta un lugar llamado Maintenon, donde montamos en un curioso vehículo y partimos, mientras aún caía un poco de lluvia, a través de la hermosa campiña, hacia Dreux, que está a unas 17 millas de distancia; había mucho que ver durante el camino, casi creo que esta parte del país me gusta más que cualquier otra parte de la maravillosa campiña francesa; los árboles están magníficamente agrupados, todo tipo de árboles, pero especialmente los airosos chopos y álamos de todas clases, los campos de grano sin fin¹⁰ y las hermosas hierbas para forraje cuyos nombres desconozco, los campos más bellos que jamás haya visto, que parecían no pertenecer a nadie, como si hubieran sido plantados no para segarse al final, almacenarse en graneros y ser comida para el ganado, sino sólo por su belleza, para que siempre pudieran crecer entre los árboles confundidos con las flores, los cardos, los azulejos y las amapolas, creciendo con el trigo alrededor de las raíces de los frutales, a su sombra, dominando por completo las cimas de las extensas colinas hasta alcanzar el cielo, tornándose a veces en grandes campos de vides o de fresco, delicado, verde forraje. Y parece como si todos ellos fueran a crecer allí para siempre, como si hubieran estado creciendo allí desde siempre, sin cambio de estación, como si no conocieran otra época que el temprano agosto. Así que seguimos atravesando la campiña hasta llegar a Dreux; la lluvia había aclarado mucho antes de que llegáramos y el día era soleado y brillante. A cierta distancia de Dreux el paisaje cambiaba mucho, como te describiré más tarde, pero una gran parte de la Picardía y de la Isla de Francia parecían ser en gran medida como este paisaje, y la tierra entre Rouen y Caudebec a lo largo del Sena también se parecían mucho a él. Justamente ahora pienso en él y es como si lo tuviera delante; quizá sea incluso más bello, las colinas son mucho más altas pero creo que las flores no son tan abundantes o igual es que cuando lo atravesamos, muchas de ellas ya se habían marchitado. Bueno, tuvimos que parar en Dreux más o menos durante una hora, y vimos su iglesia, muy buena, predominantemente flamígera, con el primitivo ábside muy maltratado y con un crucero frontal, si bien una vez esculpido detalladamente, ahora ya muy abandonado y estropeado pero, a Dios gracias, aún no restaurado. Hay también en Dreux una torre secular exquisita, también flamígera, con un tejado como el borde de un acantilado (¡es tan empinado!). Pues nos fuimos de Dreux y nos dispusimos a partir hacia Evreux; para gran indignación mía, tuvimos que sufrir media hora de viaje en tren antes de llegar allí. Teníamos muy poco tiempo para estar en Evreux e, incluso aunque era poco tiempo, tuvimos que dividirlo (¡Ay! por nuestros bajos instintos) entre cenar y contemplar la magnífica catedral, que era extremadamente bella, aunque no tan grande como la mayoría de las catedrales que vimos. Las naves laterales eran de rico flamígero, trabajadas con abundante aunque ligero dosel: El resto de la iglesia era anterior: La nave [central] era normanda y el coro gótico temprano totalmente evolucionado, aunque los cru-

ceros y la linterna también eran flamígeros. A propósito, hay un montón de vidrieras en esta iglesia. Cuando dejamos Evreux vimos que el paisaje había cambiado completamente, haciéndose mucho más montuoso y casi tan espléndido, a su manera, como el otro paisaje, pero muy diferente, pues se trata de una sucesión de valles, bastante llanos, rodeados por todos lados de colinas de una considerable altura, con brechas que dejan salir el río. Los valles tienen mucho bosque y los campos se parecen en gran medida a los que ya te he descrito, también sin vallar y con frutales creciendo en derredor; así que seguimos adelante, primero subimos serpenteando una extensa colina, luego paramos un rato en una meseta, después bajamos a precioso valle que parecía un lago, hasta que al final llegamos a Louviers: hay una iglesia espléndida allí, aunque no muy grande; el exterior tiene una especie de mascarón del mejor estilo flamígero (aunque tardío), con parapetos y ventanas; era tan magnífico y ligero que el interior fue totalmente inesperado para mí y casi me sobresaltó, tan solemne y tranquilo comparado con el flamígero del exterior; pues todo el interior, exceptuando las capillas, era de estilo gótico, bastante temprano y muy hermoso; nunca anteriormente ni desde entonces me he sentido tan sorprendido por la diferencia entre el gótico temprano y el posterior, y por la mayor nobleza del primero. Así que después de un rato de haber contemplado la iglesia, nos montamos en un coche para ir a la estación de ferrocarril, donde tomamos el tren a Rouen —creo que había unas 5 millas desde Louviers hasta la estación—. Qué viaje tan maravilloso, con el sol que, a esa hora, se estaba poniendo e iluminaba todo el valle en el que se halla Louviers; creo que ese valle era el más hermoso de todos los que vimos aquel día; no había mucho grano plantado, era casi todo prados y árboles, ¡Oh! ¡Qué árboles! Todo aquello era como el paisaje de un bello poema, de un romance, un paisaje que podría haber sido el fondo del «Palamon and Arcite» de Chaucer; se podía ver el valle zigzagueando durante un buen trecho a lo largo del Eure, al pie de las colinas: pero tuvimos que dejarlo atrás y partir hacia Rouen en un tren asqueroso, hediondo, ruidoso, chirriante, un tren que no se preocupa en absoluto por colinas, valles, álamos, limeros, amapolas o azulejos, cardos o arvejas, convólvulos, clemátides o corazoncillos, que no se preocupa para nada ni por la torre, ni por la aguja, ni por el ábside, ni por la cúpula, y es que es tan ruidoso y molesto bajo las agujas de Chartres o las torres de Rouen como lo es en Versailles o en la cúpula de los Inválidos; verdaderamente, los ferrocarriles ABOMINACIONES, y creo que nunca me había dado completa cuenta de ello hasta este viaje: Imagínate Crom, todos (o casi todos) los caminos que vienen a Rouen se sumergen en el valle donde está la ciudad desde preciosas colinas que ofrecen las más espléndidas vistas de Rouen; pero nosotros, que vinimos en tren, nos arrastramos hacia Rouen de la manera más andrajosa, y de hecho no vimos nada de la ciudad hasta que la atravesamos en coche.

Temía que Rouen pudiera decepcionarme, después de todos los recuerdos de ella que guardaba del año pasado, pero no me decepcionó para nada. ¡Oh, vaya sitio! Creo que a Ted, en general, le gustó la catedral más que cualquier otra iglesia que hubiéramos visto. Sin embargo, sí hubo algo que nos defraudó: Esperábamos que se celebraran vísperas todas las tardes, pero luego supimos que en esta diócesis sólo se cantaban los sábados y los domingos. ¡Y vaya que si las cantaron! ¡Dios mío! especialmente el domingo, cuando cantaron un montón de salmos, ¡y vaya salmos!

(10) N. de la T.: La expresión utilizada significa literalmente «sin vallar» pero, probablemente, la percepción que de la campiña francesa tiene un inglés, acostumbrado a ver en su país campos más pequeños divididos con seto, es la de enormes, infinitas extensiones de campo.

Compré «The Newcomes» en Rouen, la edición Tauchnitz, es un libro espléndido. Bueno Crom, ya no puedo escribir más, se me ha acabado la cuerda; además estoy cansado y también tengo que hacer el equipaje, lo que siempre resulta una lata; cuando te vea te contaré el resto. ¡Ay de mí; si hubieras estado aquí, ¡cuánto te he echado de menos! mucho, mucho. Esta carta no es lo suficientemente buena como para mandársela a alguien como tu, Crom, por favor, perdóname y éstate contento cuando te vea. ¿Te veré en Birmingham?

Tu querido
Topsy

A Cormel Price¹¹

Walthamstow
Octubre de 1955

Gracias por interesarte tanto por mí y tranquilízate sobre mi vuelta para el próximo semestre, pues seguro que vuelvo, aunque no lo haría si no fuera por mi madre. Aunque consiga pasar los exámenes no creo que tome el título porque no se permite el no firmar los 39 artículos a menos que te declares «extra Ecclesiam Anglicanam», lo que yo ni soy ni quiero ser, pero no firmaré los 39 artículos¹². Por supuesto, me gustaría quedarme en Oxford mucho más tiempo, pero (te lo dije, ¿no?) si voy a ser, si puedo, arquitecto, y ya soy demasiado mayor para eso, no hay tiempo que perder, DEBO darme prisa; no estaría bien, querido Crom que yo, aunque fuera por estar contigo, fuese un vago, sin meta alguna, inútil, un cuerpo soñador durante toda mi vida; ya he perdido bastante tiempo, Dios lo sabe. No es que me arrepienta de haber ido a Oxford, ¿cómo podría? Pues yo sería un pobre desvalido sin Ted y sin tí. ¿No te conté que tenía la intención de preguntar a Street, el de Oxford, si me admitiría? Me había propuesto decírtelo, si es que no lo hice; si eso fuera posible sería magnífico, porque así no tendría que abandonar Oxford¹³. Bueno, ¡todo puede ocurrir!

A la señora Enma Morris¹⁴

Ex. Coll. Oxon
11 de noviembre de 1855

Querida madre:

Me temo que apenas si me tomaste en serio cuando hace uno o dos meses te dije que no tenía intención de recibir las órdenes; si es así, también me temo que ahora pueda molestarte mi carta, pero si realmente aceptas que iba en serio, espero que te agrade mi decisión. Entonces dijiste, si te acuerdas, y con gran acierto, que ser un hombre ocioso y sin ningún objetivo era malo; estoy totalmente decidido a no incurrir en este reproche, como lo estuve entonces, aunque en ese momento no te dije lo que

pensaba, en parte porque quería darte tiempo para que te reconciliaras con la idea de que yo siga siendo un laico. Ahora deseo ser arquitecto, ocupación que a menudo me ha atraído, incluso durante el tiempo en que me propuse recibir las órdenes; sin duda tu misma has visto a menudo signos de este deseo. Creo que puedo imaginar parte de tus objeciones, algunas razonables ciertamente, a esta profesión. Espero ser capaz de mitigarlas. Primeramente, supongo que crearás haber malgastado el dinero en esta especie de aprendizaje mío para el ministerio; tranquilízate a ese respecto porque, en primer lugar, una educación universitaria prepara a un hombre tanto para ser capitán de barco como para ser pastor de almas; además, tu dinero no ha sido de ningún modo malgastado, si el amor de unos amigos fieles y verdaderos, por primera vez vistos y queridos aquí, si este amor es impagable y no se puede comprar de nuevo en ningún otro sitio y por ningún otro medio; si además, viviendo aquí y viendo el mal y el pecado en sus formas más inmundas y groseras, he aprendido a odiar toda forma de pecado y a desear luchar contra él, ¿no son estas razones suficientes? Madre, piensa, te lo ruego, que todo esto es para bien; además, si esto supusiera una nueva carga para tí, sería diferente, pero como puedo sufragar mis propios gastos [había heredado 900 libras anuales con la mayoría de edad] el dinero a pagar en este nuevo camino no importa nada. Si no siguiera con esta ocupación, de veras que no sé qué podría hacer con alguna oportunidad de éxito o con esperanza de felicidad en mi trabajo; tengo bastante confianza en que con esto saldré adelante y que, tarde o temprano, seré un arquitecto decente, y además ya sabes que en cualquier trabajo en que te sientes a gusto, incluso la labor más penosa relacionada con él resulta amena. También seré director de un negocio útil, negocio con el que espero ganar dinero, y con seguridad, si otras cosas fallan. Yo mismo he tenido que superar muchas trabas para congraciarme con esto; creo que será bastante doloroso, pero también bueno, para mi orgullo y para mi obstinación, el tener que hacer lo que me digan durante tres largos años, bastante doloroso, pero asimismo bueno, para mi amor a la pereza y al ocio, el tener que atravesar por el penoso trabajo de aprender un nuevo oficio. Quizás creas que la gente se va a reír de mí y me va a llamar inútil y veleta; no me cabe ninguna duda de que lo harán, pero yo a mi vez trataré de avergonzarlos, Dios mediante, con estabilidad y trabajo duro. Di a Henrietta que puedo comprender su decepción, que creo entenderla, pero espero que se torne en algo distinto dentro de poco, si ve como me preparo para algo útil; eso no quiere decir de ningún modo que vaya a abandonar otras cosas en las que había pensado para mejorar el mundo en la medida de mis posibilidades.

Mira, no espero en absoluto ser importante en algo, pero quizá pueda esperar justamente ser feliz en mi trabajo y, a veces, cuando estoy ocioso, sin hacer nada, pasan por mi mente agradables visiones de lo que puede ocurrir. Acaso puedes pensar que esta es una carta larga y tonta sobre un asunto simple, pero me pareció que lo más correcto era contarte por extenso lo que pensaba e intentar, aunque fuera sin éxito, hacerte comprender un poco mis sentimientos: además, recuerdo haberte hablado con algo de rudeza la última vez que hablamos sobre este asunto, diciendo, debido a mi cabezonería, cosas que por supuesto, estaba lejos de sentir y pensé que debía intentar corregir esto un poco ahora, ¿lo he logrado?

Para entrar en detalles sobre el tema: Me propongo pedir al señor Street de Oxford que me tome como

(11) De Mackail, i. 82-3.

(12) Tomó el título al año siguiente.

(13) G.E. Street (1824-81) fue uno de los principales arquitectos del resurgimiento gótico. Su despacho estaba en Beaumont Street, Oxford.

(14) Biblioteca Pública de Walthamstow. Impreso por Mackail, i. 83-6.

discípulo. El es un buen arquitecto, tal y como están ahora las cosas. Tiene mucho trabajo y siempre ha sido tenido por hombre honorable. Lo que quiero aprender, de aprenderlo de alguien, debiera aprenderlo de él, pero si me falla (lo que puede ocurrir, pues yo no sé si querrá tomarme como discípulo) tendré que recurrir a algún arquitecto de Londres, caso en que tendré la ventaja de vivir contigo, si aún vives cerca de Londres; yo creo que cuanto antes lo ponga en marcha todo, mejor, porque yo ya soy mayor para este tipo de trabajo. Por supuesto, la carga adicional la pagaré yo.

Todo mi cariño para tí, para Henrietta, para la tía y para todos.

Tu querido hijo
William

P.D.: ¿Puedo pedirte que no le enseñes esta carta a nadie exceptuando Henrietta?

A Cornell Price (?)¹⁵

Oxford

Julio de 1856

Desde que te vi por última vez he estado dos veces con Rosetti, la última de ellas pasé con él casi un día entero, eso fue el lunes pasado. Hunt¹⁶ vino mientras estábamos allí, un hombre delgado y tirando a alto, con una hermosa barba pelirroja, la nariz un tanto respingona y los ojos oscuros y profundos: un hombre bello. Rosetti dice que yo debería pintar, que seré capaz de ello; ahora él es un hombre muy importante y habla con autoridad, y no como los escribas, he de intentarlo. Debo decir que no tengo grandes esperanzas, sin embargo lo haré lo mejor que pueda, sin abandonar la arquitectura, pero intentando si es posible, conseguir 6 horas diarias para pintar aparte del trabajo en el despacho. A este paso no voy a disfrutar mucho de la vida, lo sé, pero no importa. No tengo en absoluto ningún derecho a pedir amor y trabajo, sólo estas dos cosas... No puedo meterme en temas socio-políticos de interés porque en conjunto veo que las cosas están muy enredadas, y yo no tengo ni poder ni vocación para ponerlas en orden ni siquiera un poco. Mi trabajo es dar forma perceptible a los sueños, de un modo u otro...

Todavía tendré bastante quehacer, si efectivamente llego a dominar este arte de pintar: A veces apenas me

parece posible el fracaso y, sin embargo, en el fondo sé que mis posibilidades son escasas, de todos modos, me alegro de estar obligado a intentarlo; me estaba encerrando sin darme cuenta en una especie de palacio de Arte pequeño (muy pequeño)... Ned y yo nos vamos a vivir juntos. Voy a Londres a comienzos de agosto¹⁷.

BIBLIOGRAFIA

The Letters of William Morris to his Family and Friends. Editado con introducción y notas de Philip Hendereson. Ed. Longmans, Green and Co. Gran Bretaña, 1950.

STANSKY, Peter: **William Morris.** Ed. Oxford University Press. Oxford, 1983.

The New Pelican Guide to English Literature. Tomos 6 y 7, ambos editados por Boris Ford Penguin Books. Gran Bretaña, 1983.

(15) De Mackail, i. 106-7.

(16) W. Holman Hunt (1827-1910), pintor prerrafaelista.

(17) En el otoño de este año Morris visitó con Street los Países Bajos. La visita encendió su entusiasmo por la pintura, por los trabajos de Memling y Van Eyck, quienes fueron para él, desde entonces, los absolutos e inaccesibles maestros de la pintura. Fue después de esta visita que Morris modificó, para uso propio, el lema de Van Eyck «Als ich kanne», que con él pasó a ser «Si je puis». Aparte de La Belle Iseult, que ahora está en la Tate Gallery, Morris se pasó el año siguiente trabajando en su primer encargo, The Recognition of Sri Triatam by Iseult's Dog, que quedó inacabado. Existen bocetos de otra pintura, Tristram and Iseult on the Ship; mientras tanto, en la época de su encuentro con Jane Burden, pintó la única acuarela suya que se conoce, The Soldan's Daughter in the Palace of Glass. En esta época también estaba trabajando en escultura sobre madera y piedra, y en iluminación, además de escribir poemas y cuentos, y de trabajar en la oficina de Street.

